



memoria chilena

Artículos para el Bicentenario

¿CAMINO AL BICENTENARIO, SEGUIMOS SIENDO UNA SOCIEDAD COLONIAL?

Alfredo Palacios Roa.

El presente ensayo pretende llevar al lector a plantearse, y eventualmente a responder, la siguiente pregunta: ¿camino al Bicentenario, seguimos siendo una sociedad colonial?

La idea de redactar estas líneas nace al observar en nuestro pueblo ciertos patrones de comportamiento que nos conducen a pensar en la interrogante, ya que si bien nuestro país ha dejado atrás aquellas instituciones políticas y económicas que nos supeditaban a la península, sus habitantes, es decir, aquellos individuos con los que compartimos un suelo, determinados símbolos, costumbres y tradiciones, quizás mantenemos un sinnúmero de rasgos que nos vinculan directamente con nuestro pasado y que, en nuestra evolución histórica, nos hemos negado a mutar.

A continuación vamos a presentar aquellos procesos y elementos que creemos pueden orientar una sincera respuesta.

Comenzaremos diciendo que un amplio porcentaje de nuestra sociedad surgió dentro de un largo proceso de mestizaje, proceso que se fue generando dentro de dos lógicas; la primera denominada “al derecho” si el padre era español y la madre indígena, y que fue la principal desde la llegada de los primeros conquistadores a nuestro territorio; y la otra llamada “al revés” se comenzó a dar a principios del siglo XVII cuando los hispanos, ya asentados, comenzaron a traer a sus mujeres.

Tras estos contactos surgió una realidad biológica innegable, que arrojó como resultado españoles pobres, según sus rasgos físicos (especialmente el color de la piel) y vestimentas, o indígenas que adquirieron el lenguaje, los hábitos y costumbres de su progenitor. En ambos casos, aquellas indesmentibles realidades sociales, no asumieron su condición original e intentaron identificarse con las dos grandes masas, lo que en la



memoria chilena

Artículos para el Bicentenario

práctica significó adherirse al segmento español o bien a la gran masa autóctona. Muchos de ellos, denominados según la literatura “híbridos culturales”, con el correr de los años comenzaron a desempeñarse como peones o gañanes; trabajadores eminentemente agrícolas que vivían en un pésimo entorno, y se desplazaban de un lugar a otro buscando un mejor trabajo que les ayudase a elevar sus condiciones de vida, entendiéndose esto último como la consecución de un alimento seguro, abrigo, compañía y diversión.

Estos personajes buscaron emplearse principalmente en las haciendas, en donde las tareas agrícolas estacionarias requerían de una gran mano de obra, aunque el fuerte del trabajo se concentraba en las temporadas de siembra y cosecha. Las estancias por el contrario, requerían de una cantidad menor de trabajadores, ya que las faenas eran constantes y estaban principalmente relacionadas con la cría y cuidado del ganado.

Encontramos, fuera de estos grandes dos grupos, a un tercer segmento que merece una especial atención, son los llamados vagabundos. Estos individuos, que mayoritariamente eran hombres, formaban parte de un sistema de desarraigo y de desvinculación social, que fue acompañado por la improductividad y el deambular, presentando como su principal característica y forma de identificación la mendicidad, que en determinadas condiciones podría pasar a constituir un índice de peligrosidad, ya sea al coincidir individuos de la misma condición y alterar la relativa normalidad de la vida cotidiana o bien al irrumpir en el paisaje urbano.

La violencia, muchas veces resultante del consumo indiscriminado de alcohol, es otro elemento que se hizo presente al interior de esta añeja sociedad, rompiendo el concepto de “siesta colonial” desarrollado por algunos autores decimonónicos. Las constantes riñas y el desacato a las normas pusieron en jaque al orden establecido; para graficar esta cuestión nos desplazaremos hacia zona de Coquimbo y La Serena, ya que en estos suelos comenzó un importante resurgimiento de la actividad minera que, asociada a la gran producción y posterior exportación de trigo hacia el Perú, le dieron a la actual Cuarta Región un dinamismo inusitado para la época. Aquella bonanza productiva y económica se tradujo en un importante foco receptor de población, ya que las distintas



memoria chilena

Artículos para el Bicentenario

actividades requerían de muchísima mano de obra para satisfacer a plenitud la demanda, y este requerimiento no alcanzaba a ser cubierto con los habitantes locales.

En el plano agrícola, los grandes propietarios comenzaron a invertir fuertes sumas de dinero para adquirir pequeñas propiedades, por lo que los “medianos y pequeños empresarios” al no poder competir con los precios, se vieron en la necesidad de vender sus activos; y con el correr de los años comenzarían a engrosar las filas del peonaje, rompiéndose tejido socio-económico que venía desarrollándose desde las postrimerías del siglo XVI.

Al igual que en el campo, la actividad minera comenzó a requerir de una mayor cantidad de obreros, originando una importante migración interna. Ambos polos de atracción, tarde o temprano, terminarían repercutiendo en el ámbito familiar, ya que una cantidad no menor de hombres se alejaban de sus familias con la esperanza de encontrar mejores oportunidades laborales en estas tierras pero, en muchos casos, sucedió que estos no volvían con los suyos.

Ahora bien, la gran presión laboral y afectiva sufrida por estos hombres, los condujo a buscar lugares para distraerse, compartir con otros y así tener la posibilidad de sociabilizar y “ahogar las penas”, por lo que cobran una gran importancia la presencia de boliches destinados a la venta de alcohol, elemento que servía para alienarse y sacudirse de las largas jornadas de trabajo.

La bebida bien se pudo transformar en un arma de doble filo, ya que al ser distribuida por los propios dueños de las minas o del campo a sus trabajadores, como un eventual estimulante para aumentar los volúmenes de producción, en ciertas fechas podía ampliar la deserción laboral, ya que tras determinadas fiestas y celebraciones, no eran pocos los que faltaban a sus faenas por ser presos de sus largas borracheras.



memoria chilena

Artículos para el Bicentenario

En el plano afectivo, según hemos dicho, muchos hombres al intentar procurarse un mejor empleo, recorrían grandes distancias, dejando atrás a sus esposas e hijos con la firme promesa de regresar por ellos, pero en el camino no era de extrañar que muchos se olvidasen de los suyos y dieran comienzo a una nueva vida, generándose incontables uniones pasajeras.

Dentro de esta lógica surgen algunos fenómenos dignos de mencionar. El amancebamiento era uno de ellos, este se daba cuando no existía una unión familiar normada por la Iglesia y probablemente era el caso más común, tal como ocurre hoy en día, en donde las parejas deciden irse a vivir y luego pensar en la opción del matrimonio, pero en este contexto estas uniones se explican como una forma de sobrevivencia o por la necesidad de contar con un compromiso relativamente estable. Otro caso era el concubinato que, a diferencia del anterior, era mucho más grave por que uno de los involucrados estaba casado y se iba a vivir con otra persona. En muchas situaciones, según ha quedado constancia en los cuadernos judiciales de la época, los crímenes pasionales, a partir del siglo XVII, se hacen cada vez más frecuentes, ya que cuando la situación no se podía ocultar más se diseñaban estrategias para planear la muerte del o la conyugue y así no vivir más en ese estado; también podía suceder que mujeres y hombres al descubrir la traición, cegados por sus celos explotaban en ira y daban muerte al amante incluso a su misma (o) cónyuge y en otros casos más extremos, para evitar la vergüenza y escarnio público, él o la engañada también concluía quitándose la vida.

Otro fenómeno digno de mencionar fue el rapto o robo de mujeres. Se producían cuando un hombre muy enamorado, ante la negativa de tener el corazón de su amada, terminaba secuestrándola. Casos como estos, a pesar de lo que se puede creer, no son poco frecuentes, por el contrario ello respondió al fuerte carácter normativo impuesto por la moral católica. Según la Iglesia no cumplir y transgredir a la institución del matrimonio era sinónimo de quebrantar al mismo Dios, siendo un pecado y un crimen, por tal motivo existían una fuerte represión para aquellos que violasen sus compromisos matrimoniales. Dentro de este contexto el rapto de una mujer se puede explicar por la oposición de su familia para contraer nupcias con su ser querido, y la “deshonra” que ello significaba se



memoria chilena

Artículos para el Bicentenario

podía pagar con penas de cárcel ó bien cabía la posibilidad de permutar aquella sanción por el matrimonio y así resarcir el honor de la mujer raptada, explicándose así que muchas solteras por iniciativa propia aceptasen y ayudasen en la acción.

No queda ausente de este cuadro un personaje bastante particular conocido como el “lacho”. Quienes eran merecedores de esta peculiar denominación eran sujetos que, por ser acaudalados y contar con una situación de privilegio al interior de la sociedad, podían conquistar el corazón de varias mujeres que, motivadas por el interés más que por el amor, cedían ante el supuesto encanto de este tipo de individuos. Eran también merecedores de este título aquellos hombres que sin contar con dinero, tenían algo que les jugaba a su favor, esto era su labia y apariencia física, con la cual podían seducir a varias féminas incautas que terminaban alimentando y vistiendo al seductor.

La prostitución también se hizo presente en este mundo ya que muchas mujeres, dentro de aquella sociedad machista, no podían acceder a otro tipo de actividad remunerada, por lo que esta fue la salida para ganarse la vida y así tener con que mantener a los suyos. En este sentido se puede decir que no sólo las solteras eran las que desempeñaban este oficio, sino que muchas casadas, al quedar sin la protección y ayuda económica del marido, no encontraban mejor opción que vender su cuerpo a cambio de dinero.

La religión, órgano rector de la sociedad, con su influyente acción moral, intentó por todos los medios posibles mantener un orden en el plano social, siendo uno de sus principales focos de acción el velar por el correcto funcionamiento del matrimonio, ya que se entendía que una institución sólida, basada en los principios cristianos sería la base para construir una sociedad virtuosa y armónica. Para lograr este objetivo se redactó una estricta normativa que planteaba una serie de pasos que se debían cumplir cabalmente antes de consumir el sagrado vínculo; además, vigilaba su correcto funcionamiento e incluso contemplaba las formas de terminar con la unión, pero eso sólo quedaba en el papel y era algo poco probable ya que la presión y el control era tal, que lograr la nulidad o un eventual divorcio era prácticamente imposible.



memoria chilena

Artículos para el Bicentenario

Como se puede entender la Iglesia, con todos los mecanismos de control, pretendía asegurar una sana convivencia al interior de la sociedad, siendo la constitución de la familia su especial interés. Ello radicaba en que, además de la procreación, era el núcleo vital para lograr la virtuosidad de todos sus miembros, lo que traería como resultado una vida armónica y en concordancia con los valores cristianos; y para lograr este ideal la mujer debía ser pasiva y orientar su vida al cuidado de los suyos, mientras que el varón tenía que ser obsequioso, paciente y comprensivo, asegurando así una relación en total acuerdo con la moral católica.

En la práctica toda esta retórica se traducía en la búsqueda del control social, intentando desarrollar una función coercitiva que quizás no fue tal, como ha quedado demostrado y documentado en innumerables casos de la transgresión moral existente al interior de aquella sociedad.

Por lo tanto, tras el breve desarrollo de estas ideas, bien podemos decir que en nuestra historia se ha ensalzado, además de los momentos bélicos, la consecución del orden donde, teóricamente, toda nuestra evolución se ha desarrollado en la más absoluta perfección y sin sobresalto alguno; y como consecuencia de este perfecto andar los chilenos fuimos capaces de romper las ataduras y lograr así nuestra tan ansiada Independencia pero, hoy en día, y a la luz de nuevas miradas, tenemos la posibilidad de comenzar a despojarnos de esa historia un tanto añeja, que sólo nos ha hablado de batallas y héroes, y que nos mostró al extenso período colonial como una época oscura y abúlica.

Es por ello que en estas breves páginas intentamos presentar un enfoque que pueden ayudar a plantearnos interrogantes sobre construcción de nuestra sociedad, en donde aquellos hombres ociosos, vagabundo, borrachos, derrochadores, vividores, que no aparecen en las historias aceptadas como “oficiales”, quizás nos pongan de manifiesto que seguimos siendo presos de nuestros genes y continuamos, a pesar de lo que creemos, atrapados en nuestro pasado.